

GUERRA DE AFGANISTÁN

El día de Navidad de 1979 se produjo lo que se percibió mundialmente como una masiva, sorpresiva y sumamente eficiente invasión de Afganistán por parte de la Unión Soviética. El bloque occidental vio esta intervención como un descarado acto de agresión por parte de un Estado totalitario. Desde la perspectiva de Moscú, sin embargo, se trataba de una aportación limitada de tropas, a solicitud del gobierno comunista afgano, para acabar con una situación de guerra civil abierta provocada por rebeldes tribales e islamistas; se trataba pues de un acto fraterno de solidaridad socialista.

La intervención, eso sí, contaba con una gran ventaja de partida. En realidad, Afganistán estaba lleno de asesores militares soviéticos a todos los niveles desde al menos un año antes. Por ejemplo, en marzo de 1979 se había enviado por avión todo un batallón de paracaidistas vestidos como soldados afganos a la base de Bagram, cerca de Kabul, junto con helicópteros de transporte y ataque. En abril, el general Alexei Yepishev y diez altos mandos más recorrieron el país para evaluar la situación. En mayo, en plenos disturbios, un grupo de cincuenta oficiales y soldados del Ministerio del Interior (Grupo Zenit) al mando del coronel Grigory Boyarinov (jefe del Dpto. de Operaciones Especiales de la KGB) marcharon a Kabul camuflados como ingenieros para proteger la embajada y entraron como asesores en ministerios. En agosto, nada menos que el jefe del Ejército de Tierra, Ivan Pavloskii, junto con sesenta mandos, recorrió Afganistán durante varias semanas. Desde el 9 de diciembre el 154.º Batallón Independiente de fuerzas Spetsnaz protegía el palacio presidencial y al presidente; estaba formado por tropas de las repúblicas soviéticas de Asia con la idea de limitar el impacto “visual”; llegó a ser conocido como el “batallón musulmán”. Desde antes, además, había asesores militares en los ministerios y en las unidades afganas hasta nivel de batallón.

Estos hombres desmontaron desde dentro, justo antes de la invasión, la capacidad defensiva del ejército afgano. Por ejemplo, en los batallones acorazados aconsejaron desmontar las baterías de los carros de combate para “prepararlos para su almacenamiento en invierno”, dejándolos así inoperativos para la acción inmediata. Entre el 3 y el 16 de diciembre, otros dos batallones (dos aerotransportados del 345.º Regimiento Independiente) fueron estacionados en Bagram, la principal base aérea del país, cerca de Kabul. El presidente afgano Hafizullah Amin que, como su antecesor, había solicitado la llegada de fuerzas soviéticas, estaba al tanto de parte de la operación, pero pensaba que venían en su ayuda y no para derrocarlo.

Las primeras unidades de la 108.º División Motorizada montaron un puente de pontones (sería sustituido por uno fijo de acero en 1982) sobre el Amu Daria en Termez a las 16.30 horas de Kabul del 25 de diciembre; a las 17.00 horas del día siguiente ocupaban Kabul, donde ya el día anterior había

aterrizado la 103.ª División Aerotransportada de Guardias, que contaba con apoyo blindado en forma de 31 cañones de asalto ASU-85 y 320 APC ligeros BMD-1.

El 28 de Diciembre la 5.ª División Motorizada, que partió más al oeste, desde Kushka en Turkmenistán, ocupaba Herat, cerca de la frontera con Irán, mientras que tropas aerotransportadas habían ocupado la cercana base aérea de Shindand.

Quince días después, a mediados de enero, todos los principales núcleos urbanos, bases y aeropuertos e instalaciones eléctricas estaban bajo control soviético sin resistencia militar.

Otras fuentes indican que participaron además elementos de las 201, 360, 357 MRD (División de Infantería Motorizada, o más bien mecanizada por sus transportes).

En general, y con estas ventajas de partida, la operación fue bien planeada y ejecutada, aunque se produjeron disfunciones por secretismo. Por ejemplo, en la operación Tormenta 333, nombre en clave del asalto (27 diciembre de 1979) al palacio de Tajbeg, cerca de Kabul, donde residía el presidente afgano, se dieron simultáneamente tres operaciones soviéticas que desconocían las otras dos. Por un lado, un intento de envenenar a Amin que se frustró por la intervención de un médico también soviético, Anatoli Alexéiev, enviado en ayuda con urgencia por el embajador, que no sabía nada de los designios de la KGB. Y al tiempo, el asalto al palacio de un fuerte contingente de 700 efectivos de las fuerzas especiales soviéticas de tres unidades diferentes y vestidos con uniformes afganos y trozos de sábana en el brazo como señal de reconocimiento, que combatieron con el batallón afgano de la guardia presidencial, lo destruyeron y asesinaron al presidente Amin y su hijo. El resto de Kabul quedó bajo completo control soviético en pocas horas.

La fuerza con que la URSS entró en Afganistán, denominada oficialmente “Contingente Limitado de Fuerzas Soviéticas” (sic), era adecuada para enfrentarse a una posible (finalmente desarticulada) resistencia organizada del ejército afgano. Incluía dos divisiones mecanizadas (enseguida tres), una división aerotransportada, varias brigadas independientes (motorizadas, de asalto aéreo), las fuerzas extra añadidas propias de una unidad tipo ejército, y un sólido componente aéreo. Sin embargo, este contingente, cifrable en unos 90,000 hombres a lo sumo (solo unos 61,800 en unidades combatientes, claro está) era por completo inadecuado para guarnecer todo el país y además montar ofensivas contra la guerrilla, aun contando con los 40,000 hombres que todavía no habían desertado del ejército regular afgano.

El Estado Mayor soviético tomó como modelo operacional sus previas intervenciones en Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968) (Operación Danubio), sin tener en cuenta que penetraban con

efectivos muy limitados en un país mucho mayor que aquellos, sumido en plena guerra civil, sin estructuras de Estado, sin buenas comunicaciones y con una milenaria tradición de resistencia exitosa contra invasores extranjeros. El “modelo checo” para aplastar una insurrección popular urbana y educada se iba a revelar como desastrosamente engañoso en Afganistán.

Una necesaria perspectiva histórica: el Gran Juego

En el siglo XIX la “Joya de la Corona” del inmenso Imperio británico, fuente de incontables riquezas y de lucrativo comercio, era el subcontinente indio, que abarcaba ampliamente lo que hoy es India, Pakistán, Bangladesh e incluso Nepal, en diversos grados de control directo o influencia a lo largo del siglo. El control del Océano Índico y del Golfo Pérsico era necesario para proteger el vital comercio.

Sin embargo, tras la derrota de Napoleón en 1815, el zar ruso Alejandro I (reg. 1801-1825) y su sucesor Nicolás I (reg. 1825-1855) pudieron volver sus ojos hacia el inmenso territorio asiático de su imperio, al oeste del Mar Caspio y hacia el sur del Cáucaso, siguiendo los pasos de Pedro el Grande (reg. 1682-1721). Inicialmente la expansión rusa se realizó por el Cáucaso hacia Chechenia, Daguestán y Georgia y hasta Armenia (1828-1829) en abierto conflicto con el desfalleciente Imperio otomano. Gran Bretaña veía desde el principio con recelo el avance ruso hacia el sur, y la alianza con los turcos y la Guerra de Crimea (1853-1856) frenaron el avance ruso hacia el Mediterráneo.

Pero la alarma británica cambió de foco, agudizándose si cabe, desde que en 1825 Nicolás I comenzó el avance hacia el sur en Asia Central. Primero anexionó Kazajistán, dando lugar hacia 1830 al “Gran Juego”, la competencia diplomática y militar entre los dos imperios en Asia, que parecían destinadas a chocar en el futuro en Afganistán. Para los británicos, el objetivo último de Rusia era conseguir una salida al Océano Índico, bien por Irán o por Baluchistán (parte meridional del Pakistán actual), donde puertos y arsenales militares permitirían en caso de guerra amenazar los vitales intereses comerciales británicos en el Índico, en particular las comunicaciones entre la India y Gran Bretaña, bien por el Canal de Suez (inaugurado en 1869), bien por el extremo sur de África. La creciente actividad diplomática rusa en Persia agudizó los recelos británicos.

Por su parte, Rusia recelaba, en menor medida, de futuros avances británicos hacia Asia Central. Se suele considerar que el Gran Juego comenzó en enero de 1830 cuando los británicos de la India decidieron abrir una nueva ruta hacia el sultanato de Bujará (que no sería protectorado ruso hasta 1873) y sobre todo crear en este y en Persia una zona colchón con Rusia. Con todo, es paradójico que este término llegara al gran público solo con la publicación en 1901 de la novela Kim, de Rudyard Kipling, y que solo se generalizara décadas después de que el “juego” hubiera cesado.

La Primera Guerra Anglo-Afgana (1839-1842)

La percepción -real o exagerada- de cualquier avance diplomático ruso en la corte de Kabul provocaba desmedidas reacciones. En 1839 los halcones británicos manipularon y exageraron la noticia de que un representante ruso con intenciones ostensiblemente comerciales (Jan Witkiewicz, ¡un mero capitán!) había sido enviado a Kabul, presentándola como el comienzo de una invasión rusa. Ocultaban convenientemente que ese mismo año el coronel inglés Charles Stoddart, de la Compañía de Indias Orientales, había viajado a Bujará, muy al norte, en busca de alianzas... aunque fue decapitado por no haber llevado regalos ni prosternarse ante el emir local. Sea como fuere, el negativo informe de Burnes sobre la embajada rusa en Kabul desencadenó la desastrosa invasión 'preventiva' británica de 1839-42 (la "Primera Guerra Anglo-Afgana") completamente innecesaria y que implicó una desastrosa derrota luego corregida.

Alexander Burnes, por su parte, enviado británico en Kabul desde 1832, congeniaba con el emir ("rey") afgano Dost Mohammed Khan, y comunicó que las negociaciones rusas no prosperaban. Pero aun así el gobernador general de la India, George Eden, lord Auckland, ordenó una invasión que consiguió tomar Kabul y deponer a Dost Mohammed (enviado al exilio a la India), colocando en su lugar en 1839 a Shah Suja Durrani, supuestamente más maleable. Pero cuando un nuevo gobierno británico anunció en agosto de 1841 que -para recortar gastos- cortaba los subsidios al nuevo rey afgano (con los que este compraba la lealtad de los líderes tribales) se desató la tormenta. A los pocos días, la tribu Ghilzai cortó la comunicación con India atacando una caravana, y el hijo de Dost Mohammed, Akbar Khan, se sublevó, tomó Kabul, eliminó a Shah Suja, arrestó al general Elphinstone -un incompetente- y asesinó también a Burnes y a otros embajadores británicos.

Descabezado, el ejército inició en enero de 1842 una desastrosa retirada por pasos de montaña hacia Jalalabad, en la que fue por completo aniquilado: de 4,700 soldados británicos e indios, y 12,000 civiles acompañantes, solo un médico, William Brydon, pudo llegar a Jalalabad. Apenas un centenar de soldados y 2,000 civiles fueron hechos prisioneros, y la mayoría murió en cautividad. Otros contingentes (de Kandahar) se retiraron con más éxito, e incluso en septiembre los británicos, al mando del más competente general G. Pollock, avanzaron de nuevo desde Jalalabad, volvieron a tomar Kabul y destruyeron el Gran Bazar en venganza antes de replegarse.

En Gran Bretaña algunos (como Disraeli) consideraron que la guerra había sido innecesaria, ya que la frontera rusa estaba todavía en 1837 muy alejada del Amu Daria, y las dificultades geográficas de la zona.

Entretanto Dost Mohammed, liberado por los británicos, retomó el poder en Afganistán y firmó la paz con Gran Bretaña en 1855 (tratado de Peshawar, en plena Guerra de Crimea que absorbía la atención británica). El emir fue leal, y se abstuvo incluso de aprovechar la gran rebelión de los cipayos de 1857. Pero a su muerte en 1863, se desató una guerra civil entre sus hijos, de la que tras varias vicisitudes salió vencedor Sher Ali Khan, quien intentó nadar entre dos aguas en el Gran Juego.

La Segunda Guerra Anglo-Afgana (1878-1880)

En efecto, entre 1842 y 1880 Rusia había avanzado aún más al sur desde la zona del Mar de Aral, anexionando Turquestán-Uzbekistán (Tashkent y Samarkanda y los kanatos de Jiva y Bujará) y Turkmenistán y llegando al río Amu Daria, frontera norte de Afganistán, emirato que se convertía así en un espacio colchón entre el Imperio ruso y el británico.

Y de nuevo se repitió la historia: en el verano de 1878 Rusia envió un embajador a Kabul, que el emir Sher Ali Khan intentó rechazar sin éxito, cosa que sí consiguió con la correspondiente embajada que los británicos enviaron desde la India. Ello desató una nueva invasión británica (los rusos en modo alguno estaban en condiciones de hacer algo parecido), que invadió Afganistán en tres columnas. El emir huyó y murió al poco, y su sucesor, Mohammed Yaqub Khan, firmó el tratado de Gandamak (mayo 1879) por el que, a cambio de subsidios, permitía que la frontera británica llegara hasta el paso de Jáiber (lo que facilitaría posibles ulteriores invasiones), cedía algunas provincias orientales y dejaba su política exterior en manos británicas.

Pero en septiembre de ese año un alzamiento en Kabul llevó a la masacre del representante británico, Cavagnari y de sus acompañantes. Ello desató una nueva invasión británica al mando de sir Frederick Roberts. A pesar de un éxito parcial afgano en la batalla de Maiwand (julio 1880), la decisiva victoria de Roberts en Kandahar (1 de septiembre) concluyó la guerra con la deposición del emir, la renovación de las condiciones del previo tratado y la retirada británica, que renunció a dejar guarnición o incluso representantes en Kabul.

El “incidente de Pandejh”

Este incidente diplomático-militar en la frontera norte de Afganistán (no lejos de Herat), en febrero de 1885, fue el momento en que más cerca se estuvo de una confrontación directa entre ambos imperios. Como se ha dicho, la expansión rusa había llegado al río Amu Daria (el Oxus antiguo) y el norte de Afganistán tras anexionar o someter los diversos kanatos. La frontera entre Persia, Afganistán y el Imperio ruso estaba en 1880 sin precisar todavía, por lo que los rusos presionaron hacia el sur, lo que provocó la resistencia armada del ejército del emir afgano. Los rusos insistían en que la zona de

Pandehj pertenecía a una tribu que se había sometido a Rusia; los afganos, apoyados por los británicos, en que la zona pertenecía al dominio de Herat, territorio tradicional propio.

A comienzos de 1885, los rusos comenzaron a construir un fuerte en Kazyl Tepe y se produjeron combates con los afganos en los que hubo 500 bajas afganas por 11 rusas. Gran Bretaña, al recibir la noticia, se preparó para la guerra y Gladstone llegó a pedir a los Comunes un crédito especial para la campaña. Finalmente, los británicos aceptaron los hechos consumados, violando así los términos del tratado de Gandamak por el que se comprometían a ayudar al emir Abdur Rahmar ante la presión rusa. El zar finalmente obtuvo lo que quería, pero frenó en ese punto su avance hacia el sur. Todavía hoy la aldea de Sherhetabat/Kushka es el punto más meridional del Imperio ruso y de lo que fue la Unión Soviética.

El fin del Gran Juego

Durante el nuevo emirato de Abdur Rahman (1880-1901), quien aceptó las imposiciones británicas, estos y los rusos acordaron las fronteras de Afganistán que perduran hasta hoy, pero el emir cedió el control de su política exterior a los británicos, convirtiendo su país en un protectorado.

En 1893 un funcionario británico, sir Mortimer Durand, trazó una línea de 2,430 km para separar el emirato afgano del área de control británico, demarcación artificial y todavía informal que separaba en dos una enorme región étnicamente pastún, y que luego se fosilizaría como la frontera entre Afganistán y la India (luego Pakistán), como fuente de incontables problemas. Todavía hoy Afganistán no reconoce la frontera con Pakistán, al separar tribus pastunes tradicionales.

En 1895 se firmaron también los protocolos de la “Comisión de Fronteras” de Pamir, que definió la frontera entre Afganistán y Rusia a lo largo del Amu Daria. Con ello concluía el Gran Juego. Así, desde 1890-1895 la India y el Índico estaban a salvo.

Hoy hay muchos que piensan que el Gran Juego fue una sobre-reacción británica a una “amenaza” rusa que no era tal, por la distancia y las dificultades geográficas, y que mostró la cara más agresiva de su imperialismo en su intento de crear y mantener gobiernos títeres en Kabul, como llevaba siglos haciendo en la India. En 1889 lord Curzon, futuro Virrey de la India, escribió: “Nuestras relaciones con Afganistán en los cuarenta años entre 1838 y 1878 fueron, sucesivamente, los de torpe interferencia y pobre inactividad” (Curzon 1889).

La Tercera Guerra Anglo-Afgana (1919)

Ya en 1919 estalló la breve (mayo-agosto) y última Tercera Guerra Anglo-Afgana con una Gran Bretaña exhausta por la Primera Guerra Mundial. Afganistán había sido neutral en la Gran Guerra,

aunque bajo presión turca para unirse a las potencias centrales. En 1919 el nuevo emir Amanullah (reg. 1919-1929), para desviar la atención de las habituales discordias tribales y familiares de su sucesión, cruzó el paso del Jáiber y realizó un avance muy limitado hacia India. A ello reaccionaron los británicos con una declaración de guerra, aprovechando su superioridad aérea y artillera sobre el ejército regular afgano. El armisticio dejó una situación ambigua pero de hecho Afganistán ganó una independencia no solo de iure sino también de facto: de inmediato desarrolló su propia política exterior, por ejemplo estableciendo relaciones con la neonata Unión Soviética, que continuarían, cada vez más estrechas, durante todo el siglo XX.

En 1923 Afganistán, todavía un emirato, había sido el primer país en reconocer a la URSS, atención que esta devolvió reconociendo a Afganistán como Estado independiente. Desde 1947 la URSS fue el principal benefactor del país, proporcionando formación y ayuda militar, además de grandes cantidades de ayuda de todo tipo, primero con el emir, y desde 1973 con la república al ser depuesto el rey Zahir Shah por el primer presidente, Daud Jan.

La perspectiva soviética: una ocupación desgana de Afganistán

En abril de 1978, un grupo de militares entrenados en la Unión Soviética dio un golpe de Estado cruento (revolución Saur, “abril”) asesinando al presidente Daud, y se estableció la “República Democrática de Afganistán”, de orientación comunista. Los EUA creyeron (con su secretario de Estado Cyrus Vance al frente) que la URSS estaba tras el golpe, cuando datos posteriores han demostrado que la KGB fue tomada por sorpresa; el golpe surgió por el asesinato de un activista comunista del que se culpó al gobierno de Daud. Las manifestaciones provocaron arrestos masivos, una insurrección y una revuelta en el ejército, en su mayoría entrenado en la URSS e imbuido de ideología comunista, y por tanto leal al PDPA (Partido Democrático del Pueblo Afgano, comunista, dirigido por M. Taraki).

Afganistán, territorio y sociedad

Afganistán es un país muy grande, de más de 650,000 km², con una larga frontera montañosa de 2,180 km con Pakistán y otra de 829 con Irán, que se convertirían en coladeros de abastecimientos para la guerrilla. El 85% de su superficie es montañosa y solo el 5% es boscosa, especialmente en la zona fronteriza con Pakistán.

Como una espina dorsal corre la cordillera del Hindu Kush (en un ancho de hasta 500 km) en dirección nordeste-suroeste, que se abre hacia el oeste en cordilleras menores como los dedos de una mano. La altura oscila entre los 2,000 y los 7,000 m, alturas las últimas extremas donde el combate convencional no es posible y los helicópteros no llegan. En la parte oriental, y en dirección aproximada norte-sur

corre la cordillera Suleimán, con picos hasta de 3,500 m, que sirve de zona fronteriza con Pakistán, aunque a ambos lados de la frontera (línea Durand) la población pertenece a la misma pastún. Hay escasos pasos entre la meseta afgana y el valle del Indo al este, en Pakistán. Entre estas dos zonas montañosas están las llanuras de la meseta de Ghazni-Kandahar. Toda la zona central amesetada y montañosa del país, de etnia hazara, se libró de los peores efectos de la guerra.

El sistema hidrológico es endorreico, tanto en la cuenca del Amu Daria que fluye hacia el mar de Aral y formaba la frontera con la URSS, como en la zona meridional, desértica (sur de las provincias de Helmand y Kandahar), que enlaza con el Beluchistán pakistaní.

En torno a la zona central más montañosa hay un anillo más llano, donde se ubican las principales ciudades, buena parte de las tierras cultivables y la poca industria existente. Afganistán carecía de red ferroviaria. Estas zonas llanas y más pobladas están enlazadas por la única gran carretera del país, de forma anular (la Ring Road), cuyo control era vital para la Unión Soviética. Conecta en sentido de las agujas del reloj Kabul, Ghazni, Kandahar, Herat (salida a Irán), Mazar i Sharif (salida a Termez en Uzbekistán) y de nuevo Kabul.

Las fuerzas contendientes

Las informaciones disponibles indican pues que buena parte de los militares eran escépticos ante la ocupación de Afganistán. La operación militar inicial fue la más amplia hecha por la URSS fuera de sus fronteras desde la ocupación de Checoslovaquia durante la Primavera de Praga de 1968. Los efectivos totales oscilaron entre 90,000 y unos 118,000 hombres. En comparación, cuando los soviéticos ocuparon en 1968 Checoslovaquia (cinco veces más pequeña que Afganistán) emplearon como mínimo 250,000 soldados del Pacto de Varsovia con 2,000 carros de combate, una densidad más de diez veces superior de tropas por km².

La mayoría de las tropas enviadas en 1979 eran grandes unidades (divisiones, unos 10,000 hombres) acorazadas, mecanizadas y de artillería pesada, diseñadas para combatir contra la OTAN o China en guerra convencional a gran escala. Pronto se revelaron poco útiles en el contexto geográfico afgano. Con el tiempo, muchas brigadas de artillería y unidades acorazadas fueron repatriadas y sustituidas por tropas aeromóviles y fuerzas especiales, mucho más útiles. En efecto, el instinto soviético era combatir en acciones de ritmo intenso y a gran escala, mientras que de inmediato se vio embrollado combatiendo cientos de pequeñas acciones en el nivel más bajo del espectro táctico, a nivel de sección, compañía y batallón, contra un enemigo que solo combatía cuando las circunstancias tácticas le favorecían.



Gorbachev, el primer secretario general del Comité Central del PCUS, llegó al poder en marzo de 1985, el año que iba a ser el más sangriento de la guerra. Al principio, decidido a obtener de una vez una victoria decisiva, ordenó un incremento de la escala y ritmo de las operaciones, sin éxitos visibles. Pese a su larga implicación en Afganistán, ni la alta política ni los altos mandos soviéticos comprendieron nunca bien el «laberinto afgano», y por qué muchos de sus intentos de atraerse a la población fracasaban sistemáticamente, al igual que sus ofensivas militares.

Al cabo de un año de poder y tras las fallidas ofensivas (en términos estratégicos, no tácticos), en febrero de 1986 Gorbachev anunció su intención de «afganizar» el conflicto, retirando las tropas soviéticas, pero entrenando y equipando al ejército afgano, y subsidiando su gobierno, para que pudieran continuar la lucha. Al tiempo, se depuso a Karmal y en su lugar fue nombrado M. Najibullah, último presidente comunista del país. El desastre de la central nuclear ucraniana de Chernobyl en abril de 1986 supuso un fuerte golpe adicional para el prestigio de la URSS, y acrecentó la necesidad de simplificar las preocupaciones de una sociedad cuya economía esclerótica, presionada además por la competición de armamentos de la era Reagan (reelegido en 1985) se acercaba al colapso.

La retirada propiamente dicha hacia la Unión Soviética fue efectuada por fases. La mitad de los efectivos se retiró entre mayo y agosto de 1986; y el resto entre noviembre de 1988 y febrero de 1989. En general la retirada fue pacífica gracias a acuerdos de alto al fuego temporal con los grupos guerrilleros, salvo por la Operación Tifón contra Massud en la entrada al túnel de Salang. La foto de los últimos blindados cruzando el puente en Termez, de regreso, engalanados con banderas rojas, y del general en jefe del 40.º Ejército, Boris Gromov, a pie con un ramo de flores en el mismo puente, son íconos muy conocidos.

Se calcula que para 1988 Kabul había de importar medio millón de toneladas de trigo anuales de la URSS, junto con arroz, azúcar y buena parte de los alimentos con que alimentar a la población de las áreas controladas, fundamentalmente las ciudades. En 1989, se ha calculado que una mala cosecha, además, limitó la producción local de cereales al 10% de lo necesario: la ayuda económica de la URSS era pues tan importante como la militar. Pero la URSS no iba a estar en condiciones de proporcionarla mucho tiempo más...

Muy a menudo se traza un paralelismo: “Afganistán fue a la URSS lo que Vietnam a los EUA”. Aparte de la obviedad de que Afganistán contribuyó al colapso de la URSS, mientras que tras Vietnam (1964-1972) los EUA continuaron su proceso de convertirse en la única superpotencia global, hay en efecto paralelismos pero también importantes diferencias.

Consecuencias del fracaso de la invasión soviética de Afganistán

Como indicó Lester Grau, la guerra soviética de Afganistán es la crónica de «cómo una fuerza mecanizada moderna con aplastante superioridad tecnológica acabó enredada en una guerra civil ajena en una topografía imposible. Muestra cómo se llegó a un empate militar y a una derrota política... muestra finalmente la desilusión con el sistema soviético que los veteranos llevaron con ellos de regreso a casa. Su pérdida de fe se extendió al conjunto de la sociedad y resultó un elemento clave en el eventual colapso del imperio soviético.

El coste humano de los nueve años de guerra fue colosal. De unos 17 millones de afganos en 1979, se estima que en 1989 entre 850,000 y hasta 1.3 millones habían muerto, 5 millones habían huido a Pakistán, Irán y otros países, y 2 millones más estaban desplazados, sobre todo hacia las ciudades. En su momento álgido los muyahidines pudieron sumar unos 100,000 hombres, divididos en numerosos grupos y unidades pequeñas; pero muchos más sirvieron, probablemente más de 260,000. Unos 75,000 a 90,000 de ellos murieron a lo largo de la guerra.

El ejército soviético perdió entre 13,833 (datos oficiales) y casi 26,000 muertos (cifra oficiosa reconocida por el propio Alto Estado Mayor soviético en obras de la década pasada). Además, de un total acumulado de unos 620,000 hombres que sirvieron en Afganistán, un terrible total de 469,685 fueron heridos o -sobre todo- cayeron enfermos, especialmente de hepatitis y tifus, y de ellos 10,751 quedaron inválidos. En ningún caso estuvieron más de 110,000-120,000 soviéticos simultáneamente en el país.

Las pérdidas de material fueron notables aunque manejables: 118 aviones, 333 helicópteros, más de 11,000 camiones de carga general y cisternas, 1,341 vehículos blindados y 147 carros de combate.

Se estima que el ejército afgano osciló mucho, por desertiones, entre 20,000 y 100,000 hombres en un momento dado. Unos 18,000 soldados afganos murieron en combate.

La guerra librada por reclutas que se rotaban cada dos años llevó el desencanto a la población soviética, que nunca vio su necesidad. Junto con el colapso económico de la URSS (que destinaba hasta un 25% de su PIB al complejo militar, frente a un 6-7% de los EUA), y la apatía, ineficacia y corrupción crecientes de la «era Brézhnev», no hay duda que Afganistán fue un factor más en el colapso de la URSS bajo Gorbachev en marzo de 1990.

El destino de los veteranos, decenas de miles de ellos enfermos y desencantados, fue duro: agasajados como héroes en 1989, desde 1990 los *Afghanstys* se convirtieron en un estorbo. Muchos de ellos cayeron en el alcoholismo, u otros ingresaron en las crecientes mafias de la era postsoviética.

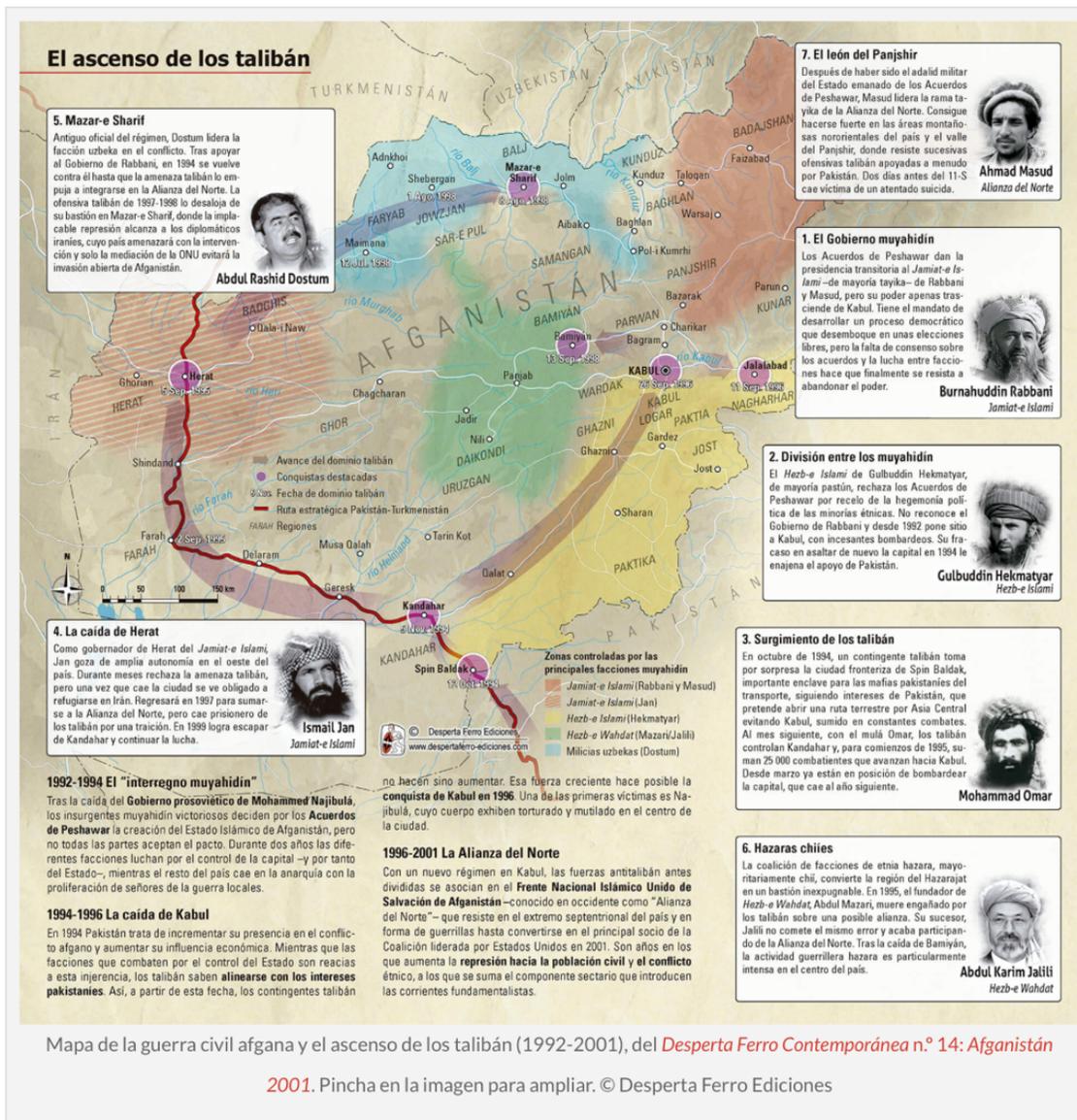
Pero la retirada soviética no supuso el fin de la guerra: entre 1989 y 1992, un Afghan Interim Government creado por una inestable alianza de líderes muyahidines se unió contra el gobierno comunista afgano, que seguía presidido por Najibullah.

Contra todo pronóstico, un masivo asedio a Jalalabad en marzo de 1989, paso previo a la toma de Kabul, fracasó, y los líderes muyahidines empezaron a luchar entre sí, particularmente Hektmayar (partido *Hezbi Islami*) contra Massud. Así, Najibullah se mantuvo en el poder, cambiando la Constitución e incluso el nombre del país (eliminando el «Democrática» del título República de Afganistán). Así, sobrevivió incluso al colapso de la URSS.

Pero el fin de la masiva ayuda soviética desde agosto de 1991 (dimisión de Gorbachev en Navidad de 1991) selló su fin. Uno de los mejores generales del ejército afgano, Abdul Rashid Dostum, desertó y se alió con el líder muyahidín del norte, Ahmed Shah Massud, sellando el destino del gobierno al caer Mazar al norte, Herat al oeste y Kandahar al sur. Aliados a su vez los hombres del norte con el líder muyahidín favorito de los pakistaníes, Hematkyar, Kabul cayó en abril de 1992 y el presidente afgano se refugió en la sede de las Naciones Unidas, donde viviría encerrado cuatro años.

Pero los vencedores se lanzaron de inmediato unos contra otros. El gobierno provisional estaba liderado por un académico tayiko, Rabbani, quien se apoyaba en las fuerzas de Massoud y Dostum. La etnia pastún dominante, liderada por G. Hekmatyar, no podía aceptar este predominio uzbeko-tayiko, iniciándose una nueva guerra civil (1992-1996) durante la que Kabul, que hasta entonces no había sufrido daños, fue arrasada. Los líderes comenzaron a luchar entre sí, de modo que el comercio de amapola para obtener opio floreció exponencialmente para financiar la guerra, ahora que la ayuda occidental había cesado.





La guerra civil de 1992-1996 entre estos señores de la guerra agotó al país, que en general vio con agrado la aparición fulgurante de los «estudiantes» islámicos talibán (sg. *talib*), de origen pastún (tribu Durrani, hasta entonces poco notoria en la guerra, concentrada en crear madrasas o escuelas islámicas en campos de refugiados en Pakistán). Crecieron rápidamente desde 1994, barrieron a los otros grupos, conquistaron Kabul en septiembre de 1996, sacaron de su refugio de la ONU, castraron y ahorcaron al antiguo presidente Najibullah, y unificaron buena parte del país bajo su control imponiendo una versión extremadamente severa de ley islámica... que rápidamente les hizo impopulares.

El señor de la guerra A. Shah Massoud se refugió en sus feudos del norte (valle de Panjshir) para mantener una resistencia contra los talibán, que enseguida controlaron el 90% del país.

Precisamente, en verano de 1996, Osama bin Laden, antiguo huésped y financiador de los *muhajidin* y los talibán, se asentó con su movimiento Al Qaeda en los ampliados complejos de cuevas inicialmente excavadas durante la guerra contra la URSS en las montañas al sur de Jalalabad, junto a la frontera con Pakistán.

El resto es bien conocido... el 9 de septiembre de 2001 Massud fue asesinado por combatientes argelinos suicidas de Al Qaeda que se presentaron como periodistas y se volaron. Dos días después, el 11 de septiembre, se produjo el atentado de las Torres Gemelas y del Pentágono, que llevó a la invasión estadounidense a Afganistán, cuyas consecuencias todavía hacen ruido. Los talibán fueron inicialmente derrotados, pero luego la situación se enquistó. Bin Laden fue eliminado en Pakistán por EUA en mayo de 2011, pero Al Qaeda subsiste aunque debilitada, y hoy los talibán se han vuelto a hacer con el control total de Afganistán.



La invasión soviética en Afganistán confirma una vez más que nunca nadie ha conquistado de manera exitosa y permanente el país, y la experiencia de Estados Unidos y sus aliados desde 2001 demuestra que las potencias tienden a no aprender de la Historia.

Referencia:

Quesada, F. (2021). La invasión soviética de Afganistán y el ascenso de los talibanes. Desperta Ferro Ediciones. Recuperado de: <https://www.despertaferro-ediciones.com/2021/afganistan-historia-invasion-derrota-sovietica-ascenso-talibanes>